

Cabo de Hornos hasta el Canal de Panamá. Ya no le basta a la Universidad, para alimentar su existencia, con la glosa de los maestros europeos del derecho, ni puede cumplir los fines que el momento histórico le impone, con el análisis minucioso de principios que se resuelven en posturas meramente doctrinarias; hoy la Universidad debe entregarse a la tarea enorme de resolver el problema que está planteado en la realidad ambiente, para poder decir al mundo si la crisis de las instituciones de derecho público y privado, desde la institución del Estado hasta la institución de la propiedad, señalan o no el fin de la civilización occidental.

Para esta labor, a la que ha de entregarse más de una generación, la Universidad americana necesita el concurso de propios y extraños, es decir, de universitarios y autodidactas, de nacionales y extranjeros. El «magister dixit» ha tiempo que pasó a ser una expresión sin sentido frente a la aguda penetración intuitiva que le ha dado a las nuevas generaciones esta hora caótica en que han nacido.

La Universidad necesita, en la cátedra del profesor o en la tribuna del conferenciante, a hombres como al que hoy presenta esta Facultad. Domínguez es un hombre de ciencia, un constitucionalista, un historiador, un filólogo, pero es también un luchador. Ha regido la labor de la Universidad de la Asunción pero también ha estado al frente de las tareas del gobierno y se ha confundido con el pueblo en las luchas políticas de su país. Siendo así, él tiene que estar tocado de la sensibilidad popular y por lo tanto, poseído de esa penetración intuitiva que es la característica de las nuevas generaciones americanas. No importa que nos hable sobre Renán—anotad de paso que sugestivo es el hecho de que se hable sobre el historiador de la *Vida de Jesús* en una Facultad de Derecho—porque en la orientación de su pensamiento y en la interpretación de la obra del sabio, estará corriendo la savia nueva.

La Universidad de La Plata, que se inauguró en 1906 con la visita de los hombres del momento europeo, como Enrique Ferri, Adolfo Posada, Mabileau y tantos otros, ha tenido en el pensamiento de su fundador la visión de este rol nuevo de la Universidad, y por eso, cuando la Facultad cede la tribuna y acoge con hospitalario júbilo al eminente extranjero de hoy, no hace sino acentuar la orientación que tomara desde su primera hora nuestra gran familia universitaria.

### Conferencia del Dr. Domínguez

AGRADEZCO, en el alma, al Dr. Julio V. González sus benévolos conceptos y seré un eco de sus pensamientos generosos y de su mensaje de armonía a la juventud intelectual de mi patria. Habla por sus labios elocuentes el espíritu de la Universidad de La Plata que va abriendo a nuestra América nuevos horizontes. El Paraguay, la Argentina y el Uruguay constituyen la entidad que se llama civilización del Río de la Plata y siempre han de ser hermanos porque lo son por la historia inmutable, por la raza y la geografía que no se pueden cambiar, como no pueden conmovirse los cimientos de nuestras montañas.

Y abordando mi tema digo que hay un autor que

fué el encanto de mi juventud,—Renán. Cuánto se ha hablado de él, desde Taine hasta Lemaitre, Remy de Gourmont y Anatole France! Pero dejo a un lado tantas opiniones ajenas, muy autorizadas ciertamente, para darme el gusto de contemplar sus ideas, por cuenta propia. Dejo para lo último la consideración de su estilo.

Y, sin perder tiempo, comienzo diciendo dos palabras del *Dios de Renán*.

Le llamaron ateo y protestó vivamente. (*Carta a Gueroult*) y tenía por un error irreductible la filosofía mecánica del Siglo XVIII (*Diálogos Filosóficos*). Pero el caso es que tampoco admitía un ser libre superior al hombre, concepto que a manera de dogma talmúdico ponía fuera de cuestión e iba conjugando, repitiendo, en sus escritos. Ni ateo ni deísta, en el sentido corriente entonces, y sin embargo, aludía continuamente a Dios e invocaba, a veces, a la Providencia. Pero, ¿qué Dios, o qué Providencia? ¿Dónde ubicar el Dios de Renán? Es interesante saberlo.

Y para saberlo conviene recordar que hay dos formas de actividad psíquica, una *consciente*, que se llama inteligencia, y la otra *inconsciente* o sea el instinto primario vital, y que se dice *inconsciente* sólo porque es otra forma de conciencia, otro modo de actividad, otro género de conocimiento.

La inteligencia humana es grande. ¡Cuántas veces se ha cantado el poderío de la ciencia que es el poderío de esa inteligencia! Construye tablas logarítmicas, levanta torres de Eiffel, domina la tierra, el éter y los mares, y sin embargo la inteligencia es una facultad secundaria, decía Schopenhauer. Hay cosas más profundas que el pensamiento—tesis de Maeterlinck—y es terrible la sátira de Voltaire contra nuestra pobre inteligencia: Dios, por lo menos, ha de ser más sabio que yo, decía, porque hizo el mundo y yo no soy capaz de hacer ni un albaricoque...

Y ¿quién hizo el mundo y con él el albaricoque, en concepto de Renán? Los hizo la actividad psíquica inconsciente que crea el prodigio de la vida y «determina el laberinto del destino», y allí, en esa actividad, radica el Dios de Renán. El mundo, decía, está animado de su soplo divino; es un fieri continuo, creación sin tregua ni descanso, hoy como en la noche del vapor cósmico en que la vida emprendió su vuelo. Era su idea fija: mas con ella no construyó ningún sistema, que sepamos, ni la desarrolló lo suficiente en ninguno de sus libros, pero cabe parafrasearla brevemente en esta forma:

—«Soy eterna como Dios, rima el Canto de la Muerte, en un poema de Flaubert. Y la Vida puede contestarle:

—Soy también eterna. He corrido al través de las especies y al través de las edades y todavía voy corriendo de la flor al grano, del animal al óvulo y y de la oruga a la mariposa. Soy el alma del mundo y en mi sed de conciencia creo el milagro del cerebro humano, que entrevé los confines del infinito. Soy también incansable y nadie puede detener mi carrera inmortal!...

Pero como Renán, ni nadie nos dice cómo ni quién creó esa actividad psíquica inconsciente, palpable «en la ciencia del Himenóptero, que no es la ciencia del geómetra», quedamos en la misma ignorancia de Voltaire.

Añadamos, para esquivar otras dificultades y con-